

Francisco Romero

# El interrogatorio

Baobab Teatro

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidas la reprografía y tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella, mediante alquiler o préstamo públicos.

© 2009 Francisco Romero

Baobab Ediciones

San Francisco, 67. 13270 ALMAGRO

Tfno: 629915273

[www.ebaobab.com](http://www.ebaobab.com)

[pacoromero@ebaobab.com](mailto:pacoromero@ebaobab.com)

En la parte anterior del escenario hay una mesa, un sillón a su lado y una silla separada. El fondo está vacío y a oscuras. Tan solo se ilumina cuando aparecen personajes distintos de Fernando y de Julio. La acción transcurre en un solo acto en una comisaría de policía en la actualidad.

Personajes:

FERNANDO

JULIO

CARMEN

PEDRO

GLORIA

SARGENTO MAESO

DON JULIO SOLER

TERESA

Se enciende la luz, Fernando está sentado en la silla con las manos esposadas. Entra Julio sin saludar, se acerca a la mesa y coge un papel. Lo examina sin mirar a Julio.

JULIO. (Mientras camina moviéndose alrededor de Fernando.) Vaya, vaya. Esto parece grave, verdaderamente grave... Hacía tiempo que no me encontraba ante un caso tan interesante.

FERNANDO. Si me deja que se lo explique, todo se aclarará muy pronto.

JULIO. (Sin mirarlo.) ¡Cállese! Ya le diré yo cuándo tiene que hablar. (Continúa leyendo.) Una bandera, nada menos que una bandera. Ha quemado una bandera y todavía espera que escuchemos sus explicaciones por cometer uno de los crímenes más detestables.

FERNANDO. No es cierto. Yo no he cometido ningún crimen...

JULIO. (De espaldas a Fernando.) ¡Silencio! Es la última vez que le aviso. Le aconsejo que no me vuelva

a poner a prueba porque la respuesta puede que no sea de su agrado. Ha tenido suerte de que esto le haya ocurrido en un país civilizado en el que se respetan las leyes. Conozco sitios en los que por algo mucho menos grave se condena a muerte. (Se sienta en el sillón.) Pero no nos precipitemos, no me gusta sacar conclusiones sin escuchar al culpable... Supongo que usted pensará que tiene unos derechos y que yo debería haber dicho presunto culpable porque aún no ha sido juzgado. Pero no hemos venido a jugar, los dos sabemos que si se encuentra aquí es porque es culpable.

FERNANDO. ¡Eso es mentira!

JULIO. (Golpeando la mesa con su puño.) ¡Basta!... (Amenazando.) ¡Aún no se ha dado cuenta de que no me gusta que me llamen mentiroso?

FERNANDO. Yo no quiero llamarle mentiroso, pero no debería estar aquí.

JULIO. Eso dicen todos los delincuentes. El afán de inocencia siempre los delata. (Cambiando de tono.) Yo que usted me lo tomaría con calma. Este interrogatorio puede ser largo y le conviene no gastar toda la

energía al principio. Relájese y la conversación irá mejor para ambos.

Los dos permanecen en silencio. Fernando mira a Julio mientras este continúa sin mirarlo.

JULIO. Eso está bien. Hay que saber disfrutar de los momentos de silencio. Existe un tiempo para la palabra y un tiempo para el silencio. Es muy importante saber diferenciarlos... Es grave interrumpir el silencio con palabras innecesarias, casi tanto como romper la comunicación con silencios absurdos. Ahora le ha llegado el turno a la palabra y callar sería una obscenidad. (Mira el papel.) Según pone en el informe, se llama usted Fernando García López.

FERNANDO. Es mi nombre.

JULIO. ¡Qué curiosa coincidencia! Tuve un buen amigo que tenía el mismo nombre, Fernando García López. Supongo que se trata de un nombre bastante común. Hace muchos años que no veo al bueno de Fernandito. ¿Qué habrá sido de ese pobre desgraciado?

FERNANDO. (Mirando al comisario.) Yo también

tuve un amigo con el que jugué en la infancia.

JULIO. Eso no tiene nada que ver con este caso.

FERNANDO. Ese amigo se llamaba Julio Fernández Antona, pero nunca imaginé que llegaría a ser comisario de policía.

Julio se levanta, deja el papel sobre la mesa y mira fijamente a Fernando.

JULIO. ¡Pero no me digas que eres Fernandito el empollón!

FERNANDO. Algo queda de aquel que usted recuerda, aunque el parecido es mínimo.

JULIO. ¡Chico, qué sorpresa más grande! Me alegro mucho de volver a verte después de tantos años.

FERNANDO. Conozco sitios mejores que una celda para celebrar agradables reencuentros.

JULIO. (Se acerca y trata de darle la mano.) Dame esa mano, la vieja amistad debe estar por encima de cualquier circunstancia.

Fernando levanta sus manos esposadas con los

puños cerrados.

FERNANDO. No es fácil tender la mano cuando se está esposado, pero si quiere estrechar mis puños, aquí los tiene.

JULIO. (Retirando la mano.) Comprendo tu hostilidad, para mí tampoco es agradable esta situación. Pero a nadie le ponen esposas si antes no ha hecho algo para merecerlas.

FERNANDO. ¿Usted cree que siempre es así?

JULIO. Estoy convencido de ello. Mis agentes saben hacer su trabajo y obedecen las órdenes que les doy, y yo siempre cumplo con la ley. Es la principal de mis obligaciones y estoy orgulloso de mi labor al frente de esta comisaría.

FERNANDO. Comprendo, es usted un policía justo e incorruptible, de los que nunca se equivocan.

JULIO. No es necesario que me trates de usted. No soy un viejo, ni nuestra amistad es tan lejana.

FERNANDO. El tuteo lo guardo para cuando el diálogo es posible y todo lo que diga no se utilice en mi



contra.

JULIO. Está bien, ya veo que el rencor te ciega y no puedes distinguir a los que intentan ayudarte.

FERNANDO. ¿Así lo cree?

JULIO. No soy un policía perfecto. Tengo la debilidad de confiar en la recuperación de los delincuentes, aunque no soy un estúpido que se deje engañar fácilmente. Conozco mi trabajo.

FERNANDO. Supongo que debe ser uno de los mejores.

JULIO. Por algo he llegado hasta aquí. Nuestra cúspide suele coincidir con el infierno de unos pocos, pero no hay otro camino para llegar tan lejos.

FERNANDO. Me gustaría saber qué entiende usted por llegar tan lejos.

JULIO. Poder, Fernando, poder. No se trata de tener fuerza para golpear, es algo que está más lejos. No es fácil de definir, consiste en un sentimiento especial que solo se conoce cuando se disfruta.

FERNANDO. Ya que tiene tanto poder, ¿es nece-

sario que tenga puestas las esposas durante el interrogatorio? Me sentiría menos coaccionado con las manos libres. Le prometo que no haré ninguna tontería si me concede esta pequeña licencia.

JULIO. Con esa petición me pones en una situación muy delicada. Pretendes abusar de mi confianza y me pides que me salte las reglas que he jurado mantener. Me gustaría que me entendieras. Yo no tengo la culpa de que hayas cometido un grave delito que es severamente castigado por las leyes. Si te quitara las esposas, debería poner a un policía armado para que vigilara tus movimientos, y tendría la orden de disparar si intentaras cualquier estupidez. Comprende que para mí sería muy violento hablar con un amigo mientras alguien le apunta con un arma. Se rompería la comunicación espontánea y no sería una conversación agradable para ninguno de nosotros. Dejémoslo así Fernando.

FERNANDO. Lleva razón, a dos viejos amigos no les gustaría que un policía armado amenazara su improvisada charla. (Levanta las manos mostrando las esposas.) Así podrá interrogarme de igual a igual, como si se tratara de un encuentro casual en un bar.

JULIO. Te pido que no lo hagas más difícil y te olvides de las esposas. No te molestarán. Piensa que son dos inofensivas pulseras unidas por una cadena...

FERNANDO. Hermosas y resistentes pulseras. Puede que pronto me gane un collar a juego si no contesto a las preguntas de la manera deseada.

JULIO. Te aseguro que no se trata de un interrogatorio formal. Nadie va a tomar nota de tus palabras, y nada de lo que aquí digas será utilizado contra ti en el juicio.

FERNANDO. Si eso es cierto, no entiendo el motivo de esta agradable conversación.

JULIO. Te recuerdo que tu situación es muy delicada. Yo intento comprender lo que ha pasado para ayudarte. Has sido mi amigo y me preocupa tu futuro. Quisiera que charláramos con la misma sinceridad que en los viejos tiempos para encontrar algo que te salve.

FERNANDO. Me gustaría hacerle una pregunta.

JULIO. Por supuesto. Eres libre de preguntar.

FERNANDO. ¿Antes de entrar sabía que era un

viejo conocido el reo al que iba a interrogar?

JULIO. Me ofendes con esa pregunta. Dudas de mi profesionalidad. Claro que sabía quién eras, pero debía dejar que tú me reconocieras primero para saber hasta dónde debíamos llegar.

FERNANDO. Lo suponía, forma parte del juego.

JULIO. Puedes llamarlo así, aunque se trata de un juego muy serio.

FERNANDO. Creo que en los viejos tiempos esta conversación, tan amigable, hubiera sido impensable, salvo que los papeles estuvieran cambiados.

JULIO. ¿A qué te refieres?

FERNANDO. Usted era un chico inconformista y muy rebelde, mientras yo era demasiado obediente. Un buen chico que deseaba que todos le quisieran.

JULIO. Es posible.

FERNANDO. Claro que la rebeldía durante la juventud es natural y hasta beneficiosa, pero un adulto rebelde se convierte en un peligro que hay que evitar por el bien de la sociedad.

JULIO. Sabes que siempre te aprecié, Fernando. Hemos nacido en el mismo pueblo, hemos crecido juntos, hemos compartido muchas experiencias importantes durante la juventud...

FERNANDO. (Interrumpiéndolo.) Unas pocas, y no tan importantes.

JULIO. Ahora vivimos en otra época. Los tiempos han cambiado, nosotros hemos crecido y la vida nos ha ido poniendo en el lugar que nos corresponde... Yo podría ser muy duro contigo, es más, debería serlo. Se te acusa de algo muy grave, de uno de los delitos más repugnantes que puede cometer un hombre. Pero quiero creer que un amigo mío no haría eso, que hubo algo que te condicionó, que no ha sido el Fernando que yo conocí el que ha cometido semejante crimen.

FERNANDO. Lleva razón, el Fernando que usted conoció hace tiempo que murió. Han pasado casi veinte años desde que unos jóvenes hablaban del futuro con ingenua ilusión y con ignorancia, una inmensa ignorancia.

JULIO. Veo que ya vas entrando en razón.

FERNANDO. Pero la evolución no ha servido de mucho. Hemos perdido la ilusión sin salir de la ignorancia. Los sueños se esfumaron en la lejanía. La realidad suele ser hostil con los soñadores.

JULIO. Pero pone a cada uno en el lugar que le corresponde.

FERNANDO. Y da armas a los dueños y ejecutores de la paz.

JULIO. Son los más indicados para llevarlas, para garantizar la libertad de las personas decentes.

FERNANDO. Las armas no dan la razón, solo embrutecen a quienes las portan.

JULIO. Eso es idealismo anarquista pasado de fecha. Pero no estamos aquí para divagar sobre la utilidad de las armas. Nos llevaría demasiado tiempo y no te serviría de ayuda en tu proceso.

FERNANDO. Según su experiencia, ¿qué me podría ayudar?

JULIO. La verdad siempre beneficia al que la dice.

FERNANDO. ¿Qué verdad, la auténtica o la que

la autoridad quiere escuchar?

JULIO. La única. Tenemos tiempo, todo el que sea necesario para no precipitarnos.

FERNANDO. ¿De verdad?

JULIO. No nos podemos limitar a los últimos acontecimientos. Unos actos aislados no son representativos de toda tu vida. Hemos de remontarnos en el pasado para buscar datos que puedan ser decisivos para la elaboración de las conclusiones finales.

FERNANDO. Le confieso que me sorprende. No solo ha llegado a ser comisario de policía, además hace gala de una inmensa paciencia acompañada de grandes conocimientos psicológicos.

JULIO. En mi profesión, la fuerza es algo secundario, no tiene valor si no va acompañada de otras cualidades mucho más importantes. (Se acerca a Fernando y le mira fijamente.) Hemos de conocer a las personas que tenemos enfrente, comprender sus métodos y sus móviles, y analizar la situación social en la que se desarrollan los actos violentos...

FERNANDO. ¿Todo eso sin porras y sin pistolas?

**JULIO.** Se acabó la época en la que primero se golpeaba y después se preguntaba. La policía de ahora ya no golpea si no se le provoca. Los métodos son distintos: primero se estudian las pruebas, luego se analizan las circunstancias, y cuando comprendemos los hechos, actuamos en consecuencia. Somos como los médicos, primero diagnosticamos la enfermedad y luego aplicamos los recursos legítimos para curarla.

**FERNANDO.** Una explicación muy interesante. Tenemos una policía de bata blanca y bisturí. Le confieso que esa policía científica que tan bien representa, en la situación que me encuentro, en lugar de tranquilizarme me causa más temor.

**JULIO.** Si no eres un criminal, no tienes nada que temer. Incluso si lo eres tienes la posibilidad del arrepentimiento. Si lo haces, siempre contarás con nuestra comprensión. Pero ya habrá tiempo de entrar en esos detalles, ahora hablemos de otras cosas.

**FERNANDO.** Por razones obvias, usted elige el tema.

**JULIO.** Lo más razonable es empezar por el principio. Volver a los orígenes, regresar a la época y al



lugar donde se desarrolló nuestra infancia y adolescencia. ¿Cómo está tu familia? ¿Qué sabes del pueblo? ¿Cuándo estuviste por última vez?

FERNANDO. Hace mucho tiempo que no voy... Creo que mis padres están bien, pero no sé nada de ellos. Desde que dejé el trabajo, y cambié la forma de expresar mis ideas, renegaron de mí.

JULIO. Supongo que intentarías obtener su perdón.

FERNANDO. Cuando uno no se siente culpable, no es necesario pedir perdón, aunque intenté que comprendieran mi postura.

JULIO. Siempre hay algo de lo que somos culpables. La inocencia absoluta no existe. Los padres no reniegan de un hijo si no ha cometido una falta muy grave.

FERNANDO. Siempre ha sido así, ¿verdad? Es el hijo el que avergüenza a los padres. Los padres son honrados y buenos. Ellos quieren lo mejor para sus hijos, y la única obligación de estos es obedecerlos. Los mandamientos ya dicen que tenemos que honrar

al padre y a la madre.

JULIO. Así es.

FERNANDO. Yo creo que existen muchas formas de honrarlos, aunque no todas las comprendan y les gusten. Pienso que si me supero como hombre, me supero como hijo; y, por tanto, hago mejores a mis padres porque su obra estará más lograda.

JULIO. Me parece que esas palabras tan rimbombantes dicen muy poco. Superarse como hombre, qué estupidez. ¿Acaso hay mejor forma de superarse que lograr el amor de los padres?

FERNANDO. Seguro que tiene toda la razón.

Se ilumina la parte trasera del escenario. Los padres de Fernando están de pie. Carmen está llorando y se seca las lágrimas con un pañuelo. Pedro permanece a su lado.

CARMEN. ¡Dios mío! ¡Qué disgusto más grande nos has dado! ¡Qué vergüenza! No sé cómo has tenido valor para hacernos pasar por todo esto. (Sigue llorando.) ¿Qué te hemos hecho nosotros para que nos trates así? Has traído el dolor y la desgracia a la fami-

lia. No nos merecemos esta deshonra.

FERNANDO. ¿Pero qué os he hecho yo? Decidme cuál ha sido mi traición, suponiendo que haya hecho algo tan grave.

PEDRO. (Muy enfadado.) Desgraciado, no tienes derecho a hablarle así a tu madre, a la mujer que te parió y amamantó. ¿Acaso no lo hicimos todo por tu bien? ¿No nos sacrificamos para que tú llegaras más lejos que nosotros? Te dimos una buena educación, hicimos un gran esfuerzo para que no te faltara de nada y pudieras estudiar una carrera. Y así nos lo has pagado...

CARMEN. La gente vuelve la cabeza cuando nos ven por la calle y murmuran a nuestras espaldas. Los vecinos ya no quieren venir a casa. Tienen miedo de que les pueda pasar a ellos.

PEDRO. No es extraño, yo tampoco iría a la suya. Tantos años de duro trabajo para esto.

FERNANDO. No os pido que me defendáis, pero considero que merezco el mismo respeto que le otorgáis a cualquier persona. El que yo sea vuestro hijo no

me convierte en una prolongación vuestra... Vosotros habéis seguido un camino en la vida y no contasteis conmigo. Yo estoy siguiendo el mío, y no creo que sea motivo para que os sintáis humillados.

PEDRO. ¡Desagradecido! Nos hemos pasado toda la vida pendiente de nuestros hijos y ahora nos acusas de no contar contigo.

FERNANDO. Yo no os estoy acusando de nada.

CARMEN. Con lo bueno que eras de niño, siempre formal y muy obediente. Tus maestros te querían, decían que eras muy listo y sacabas las mejores notas en la escuela. El padre Gabriel decía que tú serías un hombre de provecho en el mañana porque eras un buen creyente y servidor de nuestro señor. (Se seca las lágrimas.) Con lo orgullosa que estaba yo de mi Fernandito.

FERNANDO. Hace tiempo que dejé de ser un niño. Crecí y tuve que tomar decisiones propias, decisiones que influían en mi vida y no podía dejarme llevar por lo que otros pensarán. Durante más de treinta y cinco años fui el hijo obediente que trataba de complacer a sus padres, aunque no siempre os dierais cuenta. Es-

tudí lo que vosotros quisisteis, conseguí un trabajo en una empresa solvente, que pagaba muy bien, para que estuvierais orgullosos de mí. Siempre hice todo en función de los demás, pero no era feliz.

PEDRO. ¿Qué más querías? ¿Acaso no hay mayor felicidad que ganarse el pan con el trabajo bien realizado?

CARMEN. No queríamos que hicieras lo que nosotros, pero esperábamos que fueras una persona formal que consiguiera un trabajo decente para poder crear tu propia familia. Lo tenías todo, y, de repente, derrumbaste lo que habías construido, trayendo la desgracia a nuestra familia.

FERNANDO. Eso tan importante que había construido era falso. Detestaba la carrera que estudié. El trabajo consistía en crear mentiras para que la gente comprara cosas que no necesitaba. Y la buena situación económica se basaba en hipotecas, y no solo de la casa y del coche, sino de la propia vida. Me estaba engañando, no podía continuar así. Ser hombre no podía consistir en eso.

CARMEN. ¿Qué te han hecho por ahí? ¿Qué ma-

las compañías has frecuentado para querer ser distinto? Mira a Julito, de niño decías que era tonto y copiaba tus exámenes. Pero ahí lo tienes, ahora es un hombre importante que ha sabido encontrar su puesto en la sociedad. (Se vuelve hacia Julio.) Por cierto, con el disgusto tan grande que tenemos no te hemos dicho nada. ¿Cómo está tu madre? ¿Se recuperó de lo suyo?

JULIO. Está mucho mejor, aunque con los achaques propios de la edad. Ahora vive con nosotros y está mejor atendida.

CARMEN. ¿Te casaste? ¿Tienes hijos?

JULIO. Sí, tengo un niño y una niña. El mayor tiene nueve años y la niña cuatro y está preciosa. Es la alegría de la casa.

CARMEN. Qué envidia hijo, qué envidia me das. Al menos nosotros tenemos a los hijos de mi Antonio, pero con esta desgracia tan grande no podemos disfrutar de su compañía... Si al menos tú consiguieras que este hijo mío pudiera entrar en vereda.

JULIO. No se preocupe, señora Carmen, haré todo lo que esté en mi mano. Yo también quiero que Fer-

nando se recupere.

PEDRO. Mano dura es lo que necesita, que sepa lo que cuesta ganarse el pan y se deje de tantas tonterías. Mira que le dije veces: Que no me entere yo de que hablan de ti por ahí. De mí nadie ha hablado mal nunca, y no quiero que un hijo mío me llene de vergüenza. ¿A quién habrá salido este desgraciado? Desde luego a mí no. Yo siempre he sido honrado y muy querido en el pueblo.

JULIO. Es cierto, siempre escuché hablar muy bien de ustedes.

PEDRO. Era lo que les quería enseñar a mis hijos. Hice un gran esfuerzo por ellos, trabajé de sol a sol para dárselo todo, pero ya sabía yo que este tenía muy mala ralea y que me la iba a jugar cuando menos me lo esperara.

Fernando se levanta y mira a su padre muy serio, pero habla sin alterarse.

FERNANDO. Tú nunca me enseñaste nada. Siempre estabas muy ocupado cuando necesitaba un padre que me aconsejara. No tenías tiempo para hablar

con tus hijos, te bastaba con dar órdenes. Entonces trabajabas mucho, y cuando terminabas, te marchabas al casino para jugar a las cartas y beber hasta muy tarde. Muchas noches, cuando pensabais que dormía, os escuché a escondidas mientras os gritabais. No era agradable escuchar vuestros insultos. Entonces sentía miedo, siempre pensé que yo era el culpable de esas broncas y traté de obedeceros, pero os daba igual lo que yo hiciera. Nunca me perdonasteis que naciera varón. Yo tenía que haber sido la hija que os cuidara cuando fuerais mayores, que permaneciera a vuestro lado sin hacer preguntas, y yo me sentía culpable por haberos traicionado. Tardé mucho, pero un día me di cuenta de que no tenía nada que ver en vuestro odio. Sin mí os hubierais despreciado igual...

**JULIO.** (Exaltado.) ¡Cállate! ¿No te da vergüenza hablar con tanta insolencia a tus padres? A estas personas que te lo han dado todo de forma desinteresada, les pagas con el desprecio. No sabía que el odio estuviera tan arraigado en ti. Ya comienzo a explicarme muchas cosas...

**FERNANDO.** No se entera de nada, señor comisario. Ya no les odio, ya no guardo rencor. Todo eso lo



he superado y por eso puedo decirlo en voz alta.

JULIO. Así que para ti estar bien supone convertirse en un conspirador y traer la humillación a tus padres.

CARMEN. Gracias Julio, pero ya estamos acostumbrados a sus desplantes. Yo rezo todas las noches para que vuelva al buen camino. Este hijo mío no era malo, el demonio me lo ha cambiado, pero estoy preparada para cargar con este sacrificio que Dios me impone. Espero que esté arrepentido de sus pecados cuando el Señor se lo lleve.

PEDRO. Yo no deseo saber nada de este degenerado. No quiero que me vuelvan a señalar por la calle diciendo que ahí va el padre del hombre que, teniéndolo todo para ser feliz, se volvió loco y arruinó su vida y la de su familia.

JULIO. Déjenlo en mis manos. Les aseguro que después de esto no volverán a tener más disgustos.

CARMEN. Gracias, Julito, tú sí que eres un buen hijo. Tu madre puede estar muy orgullosa de ti.

JULIO. Lo intento.

FERNANDO. Me hubiera gustado que todo fuera distinto, que un día hubiéramos tenido la oportunidad de hablar sin miedo y decir todo aquello que sentíamos.

Los padres no contestan y, mientras la luz del fondo se apaga lentamente, salen del escenario.

JULIO. Mal empezamos Fernando. Si hasta tus propios padres reniegan de ti, es por algo. Los padres son los últimos en perder la esperanza de salvar a un hijo.

FERNANDO. En demasiadas ocasiones la salvación se puede convertir en la peor de las condenas.

JULIO. Te confieso que en aquella época me tenías engañado. Te consideraba el chico más listo del colegio, y reconozco que en ocasiones te envidiaba. Me hubiera gustado resolver los problemas con la misma brillantez que tú lo hacías. El maestro decía que serías el único que llegaría a la universidad y tendría una carrera, mientras los demás tendríamos que seguir trabajando como mulas porque no sabíamos hacer otra cosa. Pero veo que don Vicente no tenía mucha visión de futuro.

FERNANDO. Yo, sin embargo, te envidiaba a ti. Faltabas a clase cuando te daba la gana, eras el más fuerte de todos nosotros y el más certero con el tirachinas. Aún recuerdo que podías derribar un pájaro desde treinta metros. Pensaba que tú sí eras libre, nada te ataba, ni siquiera la iglesia. Mientras los demás teníamos que ir corriendo a confesarnos de cualquier pecado de pensamiento, tú podías presumir de tus pecados de obra: del robo del vino de misa, de romper las bombillas de las farolas, de espiar a las chicas en los vestuarios del gimnasio, de poner petardos en la mesa del maestro... Confieso que entonces pensaba que se trataba de auténticas hazañas, mientras yo era un cobarde incapaz de hacer novillos... Recuerdo que siempre quise mentirle al cura, inventarme un pecado por el que poder presumir, hacer algo que me creara fama de tipo duro, pero hasta en eso fracasé.

JULIO. Aquello eran niñerías y uno no puede quedarse en ellas. El tiempo pasa y vamos creciendo, nuestra vida cambia y otras prioridades se abren camino. Cuando uno se hace hombre, se da cuenta de que no está solo en el mundo, pertenece a una sociedad y

tiene obligaciones que cumplir.

FERNANDO. Ciertamente, el hombre deja de ser hombre y se convierte en un elemento de la tribu. En realidad nunca hemos existido como individuos, siempre formamos parte de algo... Nacemos en el seno de una familia que nos integra en una comunidad social que pertenece a una región de un país determinado... Nos inculcan unas creencias religiosas infalibles e incuestionables, antes de que tengamos posibilidad de conocer otras culturas... Nos enseñan a ponernos firmes al escuchar cierto tipo de música, y tenemos que sentirnos dolidos cuando suena otra melodía, aunque sea mucho más hermosa... Y, por último, tenemos que rendirnos ante unos trapos de colores colgados de un palo porque dicen que simbolizan todo aquello que ha hecho grandes a los ciudadanos de este país...

JULIO. ¡Alto Fernando! Te prohíbo que adoptes ese tono agresivo para hablar de los símbolos e instituciones sagradas de nuestra patria. No consentiré ningún tipo de agravio.

FERNANDO. Lo siento, pensaba que estábamos en una amigable charla de dos amigos y no existían

prohibiciones a la hora de hablar.

JULIO. Así será mientras no insultes todo aquello con lo que nos sentimos identificados los ciudadanos libres de esta nación.

FERNANDO. Yo no insulto. Tan sólo digo que en el principio el hombre era nómada, su patria comprendía todo el mundo y los únicos límites que conocía eran los que le imponía la naturaleza. ¿Por qué nos tienen que etiquetar cuando nacemos y nos obligan a pertenecer a un sitio que no hemos tenido la oportunidad de elegir?

JULIO. Yo no he hecho las leyes, pero me siento muy orgulloso de haber nacido en este país, y te aseguro que lo defenderé de todos aquellos mal nacidos que intenten atacarlo.

FERNANDO. Y estas esposas están para recordarme que yo soy un mal nacido. Alguien que se ha saltado las normas y que va a pagar muy cara su afrenta.

JULIO. Sabes que yo no te estoy juzgando. Ahora pareces fuerte y seguro de tus palabras, pero delante

de un juez serías una presa demasiado frágil. Te esperarían varios años de cárcel sin que nadie pidiera clemencia por ti. Yo quiero aclarar tus ideas, ayudarte a que ocupes el lugar que te corresponde...

FERNANDO. (Cortándole con ironía.) Gracias, comisario, por sus nobles intenciones totalmente desinteresadas. Yo ya he elegido mi lugar y le aseguro que se encuentra muy lejos del suyo.

JULIO. Ya sé que no te fías de mí y que el ofrecimiento de ayuda te parece una amenaza. (Pausa.) Aunque no lo creas, quiero ayudarte para que seas tolerante y te limpies de esos sucios prejuicios que aún no sabemos dónde has adquirido.

FERNANDO. ¿Cómo? ¿Todavía le quedan dudas de cómo me he contagiado de esas ideas subversivas tan perniciosas para el buen orden social? Creía que con sus sofisticados métodos de trabajo lo averiguaban todo rápidamente.

JULIO. Verás, yo tengo una forma muy filosófica de ver la vida. En cierto modo soy un humanista, creo en la bondad del hombre por naturaleza...

FERNANDO. Y por tanto es la sociedad la que lo corrompe. Extrañas ideas para un policía científico que venera al grupo y condena al hombre.

JULIO. No me has dejado terminar. La sociedad no corrompe, todo lo contrario, forma al hombre. Pero hay ciertos individuos, que están al margen de la sociedad, que amenazan el orden y propagan unas ideas que se extienden como un virus. Estas ideas subversivas encuentran su caldo de cultivo en personas débiles de carácter, y si no se les ataja a tiempo, se pueden convertir en seres muy peligrosos.

FERNANDO. Entiendo, me han detenido por mi propio bien y sólo quieren aplicarme una vacuna que cure mi enfermedad. Y después de un largo tiempo de cuarentena, alejado del mundo para que no pueda volverme contagioso, me reintegran en el rebaño. Claro que puede que yo sea irrecuperable y no exista la posibilidad de integración.

JULIO. Esa podría ser la forma de contarlo desde el resentimiento. Nosotros lo vemos de otra forma mucho más abierta, no hay nada imposible. Pero no perdamos el tiempo en explicaciones técnicas sobre el

método. Sigamos con la reconstrucción de los hechos para esclarecer la verdad.

FERNANDO. De acuerdo, sus deseos son órdenes. Además, usted tiene la llave y yo llevo las esposas. No hay lugar para la duda, usted está en posesión de la verdad.

JULIO. Me alegro de que no hayas perdido la ironía. Resulta estimulante encontrar a alguien con el que poder mantener una charla inteligente. Muchos hombres, cuando se encuentran en tu lugar, se derrumban y comienzan a gimotear suplicando clemencia... Es sorprendente la debilidad de esos tipos, que se creen con ideas poderosas, cuando se tienen que enfrentar a la verdad.

FERNANDO. Cuando se llega a la verdad que dictan las armas y la tortura, no hay argumentos que oponer por coherentes que sean.

JULIO. (Irritado.) ¿Qué armas? ¿Qué tortura? Aquí no hay armas ni torturadores. Existe el diálogo entre hombres libres, siempre que por educación se respeten unas reglas mínimas.



FERNANDO. Es lamentable que a las comisariías no se le otorgue un papel determinante entre los foros culturales de este país. Y más cuando casi todas las personalidades de la ciencia y la cultura han pasado en alguna ocasión por estos lugares para celebrar trascendentales coloquios con altos cargos de la jerarquía policial. Todos reconocen que unas buenas esposas, y una pistola cerca, ayudan a agudizar el ingenio. Lo más triste es que la opinión pública no se entere de estos actos culturales de libre intercambio. Lo que pagarían las cadenas de televisión por transmitir estos interrogatorios-coloquio que son el ejemplo perfecto de la libertad de expresión.

JULIO. (Amenazante.) La ironía no consiste en volverse gracioso en todo momento. Te pediría que no te pases. Te conviene no olvidar por lo que estás aquí. Yo puedo cortar en cualquier momento y devolverte a la oscuridad de la celda hasta que recapacites.

FERNANDO. Y yo tengo derecho a la asistencia de un abogado.

JULIO. Cierto, cuando hayamos hecho una acusación firme contra ti. Pero la ley me otorga la posibili-

dad de mantenerte incomunicado durante setenta y dos horas.

FERNANDO. ¡Yo no soy un terrorista!

JULIO. Es posible, pero eso es algo que todavía no sabemos. (Mira el reloj de su muñeca.) Según mi reloj, todavía quedan cincuenta y siete horas para que se cumpla el plazo. Mucho tiempo, ¿verdad?... Si colaboras no será necesario esperar tanto.

FERNANDO. ¿Cómo puedo colaborar si no puedo comprender las causas del encierro?

JULIO. Para eso estamos aquí, para ayudarte a comprender, y la mejor forma de hacerlo es seguir el método que estamos llevando de una forma distendida y amigable.

FERNANDO. Está bien, sigamos con ese método.

JULIO. Me parece que una etapa muy importante en la vida de un hombre es la llegada de la juventud. Esa época llena de potenciales peligros y múltiples influencias perniciosas.

FERNANDO. Entre esos peligros, ¿incluye a las

mujeres?

JULIO. Así es, todos sabemos que las mujeres son el principal factor de cambio en los hombres.

FERNANDO. Ese cambio no siempre es a peor.

JULIO. Yo no he dicho eso, pero el hombre se vuelve muy voluble cuando trata de encontrar el amor.

FERNANDO. Amor... Qué palabra tan extraña cuando se pronuncia en este recinto pestilente.

JULIO. Ya veo que eres un romántico. Necesitas de campos verdes, flores, pajarillos volando y poesía para hablar de amor.

FERNANDO. No, no es necesario tanto derroche de medios. Basta con sentirlo, y eso es algo interior que va despojado de falsos ornamentos y de rejas que impidan el movimiento.

JULIO. ¿Sentiste ese algo interior cuando apareció Gloria?

FERNANDO. Ella no tiene nada que ver en esto.

JULIO. Si mal no recuerdo, fue tu primer amor.

FERNANDO. Es cierto, aunque me parece que también lo fue para usted.

JULIO. Sí, lo fue, pero en mí dejó menos huella. Yo no era tan sentimental ni tan tímido.

FERNANDO. ¿Es necesario que hablemos de Gloria? No creo que aporte nada a la investigación.

JULIO. Sí, es necesario. Yo decido lo que es importante.

FERNANDO. Hablemos de Gloria.

El fondo se ilumina y aparece Gloria. Los dos la miran en silencio.

GLORIA. ¡Hola Fernando! Lamento mucho encontrarte en un lugar tan sombrío. Te confieso que nunca esperé verte en estas condiciones.

FERNANDO. Yo tampoco.

JULIO. ¿A mí no me saludas?

GLORIA. De ti sé más cosas. Son bien conocidas tus gestas contra el mundo del crimen y la brillante defensa del orden establecido por las leyes. Reconoz-

co que es algo sorprendente en alguien que se pasó gran parte de su vida tratando de transgredirlas.

JULIO. No estamos aquí para hablar de mi evolución, ya que ha sido razonable y benigna. Queremos saber la causa que ha desviado del recto camino a nuestro amigo Fernando.

GLORIA. ¿Qué ha pasado Fernando? ¿Por qué te han detenido?

FERNANDO. He aprendido, y eso no gusta.

JULIO. (Riendo.) Mucho, ha aprendido mucho.

GLORIA. No lo entiendo. ¿Crees que aprender consiste en saltarse las leyes?

FERNANDO. No, pero a veces son las leyes, (mira a Julio) o más concretamente los que las interpretan, los que se saltan a los hombres y violan sus derechos.

JULIO. (Irónico.) Es nuestro deporte favorito. Nos divierte detener a la gente para interrogarla. No tenemos otra cosa que hacer.

GLORIA. Tú eras bueno, eras un joven muy inteligente y disponías de un futuro brillante.

FERNANDO. Entonces no debía ser lo bastante bueno para ti.

GLORIA. No se trataba de eso, tú me gustabas mucho más que cualquier otro hombre, pero no podía atarme a ti, no quería ser un lastre... Tenías un largo camino por recorrer lejos del pueblo. Podías conseguir grandes cosas, pero entonces eras tan tímido, tan frágil.

FERNANDO. Tan cobarde.

GLORIA. No Fernando, la cobardía es otra cosa muy distinta. Para ser cobarde hay que haber conocido la valentía, y tú no habías tenido oportunidad. El cobarde es el que reniega de algo que conoce y no se atreve a seguir adelante. Tú no tenías nada de lo que renegar porque aún no conocías otras opciones.

JULIO. Siempre me extrañó que alguien tan listo fuera tan reprimido. Entonces no sospechaba que la inteligencia podría ser un síntoma de debilidad.

GLORIA. (Mirando a Julio.) Por eso se explica que tú te consideres un hombre muy fuerte.

JULIO. Lo soy, entonces ya lo era, pero a eso le he

unido el conocimiento y la experiencia.

FERNANDO. Ya lo ves, Gloria, te equivocaste con Julio. Deberías haberte casado con el poder y tener una vida segura y llena de privilegios.

GLORIA. Nunca me gustó Julio. Todo lo quería hacer muy rápido, sólo deseaba sumar experiencias a su vida: el tabaco, el alcohol, las mujeres, las drogas, los coches rápidos. Nunca supo detenerse a contemplar lo que le rodeaba porque lo odiaba. Necesitaba llegar más lejos que los demás, pero no sabía la dirección que debía tomar.

JULIO. Sabes que eso no es cierto.

GLORIA. ¿No?

JULIO. Yo quería aprender, ver todas las posibilidades que me ofrecía la vida y elegir la que más me convenía. Pero entonces no lo supiste entender... Tú me gustabas mucho y hubiera hecho cualquier cosa por ti.

GLORIA. Pero no quise, y no me arrepiento. (Se vuelve hacia Fernando.) Me hubiera gustado esperar-te. Te juro que te quería, pero mi juventud pasaba y

tenía que tomar una decisión.

FERNANDO. Nunca te he culpado por ello. Nuestros caminos estaban muy separados, era muy difícil que volvieran a unirse.

GLORIA. ¿Qué ha pasado durante estos años para que hayas cambiado tanto?

FERNANDO. Puede que yo no haya cambiado tanto, creo que he avanzado muy despacio, pero he seguido un camino lógico.

JULIO. (Mirando a Gloria y riendo.) Claro, él ha sido coherente, es el mundo el que está enfermo. (Se vuelve hacia Fernando y lo mira muy serio.) Lo lógico es quemar banderas, no seguir los himnos, blasfemar contra la iglesia, insultar al ejército, reírse de los muertos al no respetar los minutos de silencio, para ti eso es lo lógico... Quien no respeta a la familia, ni al estado, ni a la iglesia, ni al ejército, ni a la empresa, no merece pertenecer a esta sociedad.

FERNANDO. Y al hombre, ¿quién lo respeta? A todas esas instituciones intocables, ¿les importa algo el hombre como individuo? No les interesa un hom-



bre con capacidad para razonar, que sea independiente a la hora de tomar decisiones. Quieren borregos obedientes, gente que no dé problemas y a la que puedan mantener entretenida para que no proteste.

JULIO. Eso es mentira, nunca las instituciones se han preocupado tanto por la opinión de la gente como ahora.

FERNANDO. De la gente no, del grupo. Se hacen análisis de audiencia, estudios de mercado, sondeos de opinión, todo para conocer los gustos y saber que opina el ciudadano medio... A partir de ese momento, todos nos convertimos en ciudadanos medios y el que se salga de esa mediocridad es un inadaptado. El hombre sólo es la materia prima de la que se sirven para sus juegos.

JULIO. Eso son estupideces demagógicas. El hombre forma parte de la sociedad y quien pretenda apartarse de ella está loco. Todos somos importantes en la medida que servimos a los demás. Pero el tipo egoísta, el que quiere su propio bien, es un peligro que hay que extirpar.

FERNANDO. Todo el que no piense como uste-

des es un peligro, y se dedican a apartarlo. Siempre se ha hecho lo mismo y se seguirá haciendo. Aunque cambie el método, se le seguirá llamando tortura.

JULIO. (Sujetando a Fernando por el cuello de la camisa.) No te pases o se terminarán los privilegios.

GLORIA. ¡Basta ya, dejad de discutir! Por ese camino no vais a conseguir nada.

JULIO. (Suelta a Fernando.) Cierto, me estaba dejando arrastrar a un terreno alejado de la justicia. Estos tipos aprenden rápido y saben jugar con las palabras para enredar a la gente en su tela de araña.

GLORIA. Fernando, quisiera ayudarte. ¿Puedo hacer algo por ti?

Mientras Fernando habla la luz de atrás se va apagando y Gloria se aleja hasta desaparecer.

FERNANDO. Sí, creer que no estoy loco. El peligro no está en las personas que piensan que la paz no se consigue a través de las armas ni de las fronteras. Donde las fronteras son férreas y las armas abundan, hay miedo. Donde existe el miedo existe el odio, y este sólo lleva a la destrucción.

JULIO. Un hermoso e inútil discurso para despedirse de la amada... Pensaba que le volverías a declarar tu amor y le prometerías un futuro lleno de felicidad.

FERNANDO. Es lo que he hecho, ¿acaso no se ha dado cuenta con su sagaz ingenio?

Julio le mira con desprecio y vuelve a coger los papeles de su mesa.

JULIO. Volvamos a lo que nos ocupa.

FERNANDO. ¿Acaso nos hemos alejado?

JULIO. Llegamos a un momento importante: tú partida del pueblo para ir a la universidad. Suele ser una época en la que se producen grandes transformaciones en las personas.

FERNANDO. Así es, pero en mi caso fue un periodo lleno de contradicciones. Mi temor era grande, los complejos también, y yo seguía siendo un chico demasiado obediente. Era un estudiante que sacaba muy buenas notas para complacer a los demás.

JULIO. Supongo que también sacarías algo útil de

aquellos años.

FERNANDO. El título de una carrera que no había elegido. Me hubiera gustado estudiar filosofía o literatura, pero era un cobarde y estudié una carrera que le gustaba a mi familia. Una carrera de provecho donde hubiera oferta de empleo y posibilidades de acceder al mercado de trabajo.

JULIO. Eso no es cobardía, eso es ser prudente. ¿De qué sirven todas esas materias anquilosadas en el pasado? Vivimos en un mundo que evoluciona rápido y hemos de estar preparados para esos cambios. Necesitamos conocimientos que sean útiles para la sociedad. Lo antiguo ya no cuenta, este mundo está hecho para el futuro, y quien no llegue preparado, perderá la batalla.

FERNANDO. A ustedes les preocupan las batallas, les obsesionan. Así nunca llegaremos a un punto de encuentro, comisario. Le pido que acelere el interrogatorio, no tiene sentido prolongarlo de forma innecesaria.

Julio se acerca a Fernando y le mira sorprendido.

JULIO. ¿Por qué ese cambio? ¿Por qué tanta prisa por acabar?

FERNANDO. Porque la vida que tuvimos en común ya ha pasado, y porque ya estoy harto de este juego. No somos dos viejos amigos que están charlando. No le preocupa lo que pueda ser de mi vida. Yo sólo soy una pieza que quiere cazar y trata de incluirme entre sus trofeos.

JULIO. No te alteres Fernando. La irritación no te ayuda.

FERNANDO. No estoy alterado, sino aburrido por repetir lo que ya sé.

JULIO. Todo está yendo muy bien y no lo irás a estropear ahora. Eres un digno rival, pero no eres mi objetivo de caza. La caza ya está hecha. No tienes más que mirarte, ya estás atrapado. Si quisiera exhibirte como trofeo no necesitaría pasarme todo este tiempo hablando contigo, bastaría con hacer una declaración oficial y recluirtte en una celda... Pero eso me causaría mucha tristeza. Esos métodos están superados. Yo quiero algo mejor para ti.

FERNANDO. ¿Qué pretende entonces, seguir jugando con la presa y provocar su hundimiento? No le basta con vencer, tiene que destruir.

JULIO. Te pierdes el rencor, Fernando. Sabes que yo quiero aprender, conocer. Digamos que soy un estudiante de la degradación humana. Imagina que estoy haciendo una tesis doctoral y necesito experimentar para demostrar mi teoría... Ciencia, pura ciencia. El sadismo ha quedado atrás. Lo practican esos tipos solitarios que se creen hombres y quieren cambiar el mundo porque dicen que no les gusta. Siempre ha habido inadaptados, gente que no ha sabido aceptar su papel y, por lo tanto, alguien tiene que enseñárselo. Yo formo parte de esa brigada de educación.

FERNANDO. Si pretende convencerme de mis errores, no lo va a conseguir. Está perdiendo su valioso tiempo. Enciérreme si quiere, pero acabemos esta farsa.

JULIO. Ahora que estamos llegando a lo más interesante, al apasionante momento en el que el hombre honesto, bondadoso, trabajador se convierte en un peligro social. No me irás a dejar sin esa crucial parte de

la historia. (Cambia a un tono amenazante.) Te aseguro que la vas a contar de todas formas, cuanto antes lo hagas será mejor para ti, incluso puedes elegir el tono de la narración.

Hay una pausa en la que los dos se miran fijamente. Fernando agacha la cabeza y mira sus manos esposadas.

FERNANDO. Supongo que he perdido y tengo que continuar jugando con sus reglas.

JULIO. No hablemos de derrota, hablemos de una actitud positiva y coherente.

FERNANDO. Sigamos.

JULIO. Después de pasar por la universidad, supongo que vendría el acceso al trabajo.

FERNANDO. Antes de llegar al trabajo hay algo muy importante: la mili en nuestro glorioso ejército, cuando no había opción de librarse de ella.

JULIO. Cierto, gran institución el ejército, formadora de hombres...

FERNANDO. (Cortándole.) Castrados.

JULIO. ¿Cómo te atreves a decir eso?

FERNANDO. Yo no lo digo. Ellos presumen de su poder de mutilación.

El fondo vuelve a iluminarse y aparece el Sargento Maeso.

SARGENTO. (Gritando.) ¡Atención compañía! ¡Firmes ar, a cubrirse ar, firmes ar, media vuelta ar!

Fernando y Julio lo miran sin moverse.

FERNANDO. Siempre igual, hay cosas que nunca cambiarán.

SARGENTO. ¡Silencio! ¿Quién le ha dado permiso para hablar?

FERNANDO. Nadie, mi sargento.

SARGENTO. Apúntese una semana en prevención. Esto es el ejército, aquí no han venido para pensar, ustedes no son nadie, me entienden. No me importa lo que fueran en la vida civil, ni los títulos que tengan. Cuando han entrado por esa puerta, han dejado sus cojones colgados de la percha. Algunos de ustedes, si se portan bien y obedecen las órdenes, los recupera-



ran dentro de un año cuando los hayamos convertido en hombres... Otros muchos no los recuperarán nunca porque no servirán para hombres. Pero esos maricones que tengan mucho cuidado porque lo van a pasar muy mal conmigo. Tan seguro como que me llamo Maeso, sargento Maeso, no lo olviden nunca.

JULIO. Militares así ya no se dan.

FERNANDO. Si usted lo dice, mi comisario, será verdad. Yo conocí a muy pocos que fueran distintos.

SARGENTO. ¿Quién habla por ahí? O aparece ahora mismo ese maricón o arresto a toda la compañía... No lo vuelvo a repetir. ¿Quién ha hablado?

FERNANDO. Un hombre, mi sargento.

SARGENTO. Desgraciado hijo de puta, te vas a enterar de quién tiene los galones. Cuando termine contigo, no te van a quedar ganas de volver a contestar a un superior en toda tu vida.

JULIO. No se preocupe, sargento, ya está en buenas manos.

SARGENTO. No tenga compasión con él. Este de-

bió ser uno de esos maricones que se pasó toda la milia escaqueándose de sus obligaciones. Siempre hay alguno que se escapa sin el suficiente castigo. Yo no podía ocuparme de formarlos a todos como hombres integros que sirvieran a la patria.

JULIO. Lo tendré en cuenta.

SARGENTO. Debo seguir con la instrucción de los soldados. Ahora, cabrones, vais a conocer las obligaciones del centinela...

Mientras el sargento habla, la luz del fondo se va apagando.

FERNANDO. Esa es la principal enseñanza del servicio militar.

JULIO. En el ejército se aprenden muchas más cosas, el compañerismo es muy importante.

FERNANDO. Es un compañerismo falso que está basado en el terror a la autoridad, y es muy fácil de manipular... Pero sí hay algo más que aprendí en el ejército: el arte de beber. Quien más bebía y montaba más broncas era el más hombre.

JULIO. No estamos aquí para juzgar al ejército. Estás tratando de llevar la conversación hacia un callejón sin salida.

FERNANDO. Estamos jugando con su baraja. Usted quería conocer todo aquello que ha sido importante en mi vida, y yo me estoy limitando a contárselo para que reúna toda la información necesaria para su tesis. No podrá decir que no estoy colaborando.

JULIO. Ya cuento con información suficiente de ese periodo. Es el momento de pasar al trabajo.

FERNANDO. Como desee.

JULIO. ¿En qué empresa trabajaste? ¿Cómo fue tu vida laboral?

FERNANDO. El trabajo, el derecho y deber de todos los ciudadanos. Confieso que tuve mucha suerte y entré a trabajar en un sector en continua progresión. El más importante en la sociedad de consumo, el sector que más ha cambiado el mundo en las últimas décadas. La mentira convertida en arte. (Mira al comisario.) Sí, no me mire así señor comisario, yo trabajé en la publicidad... Usted se preguntará cómo un

tipo blando como yo llegó a formar parte de un mundo tan elitista donde todos se creen artistas geniales y no hay lugar para los mediocres. Yo también me he preguntado muchas veces por qué esa empresa cazatalentos me llamó un día para hacerme unas pruebas. Buscaban a alguien joven con ideas innovadoras, alguien dinámico dotado con don de palabra y que tuviera una gran visión de las necesidades humanas.

JULIO. Así que llegaste a ser todo un privilegiado.

FERNANDO. Mucho más que eso. Tuve una progresión espectacular. Yo tenía un don innato para la visualización de campañas y a los pocos meses ya era director de arte.

JULIO. Nada menos.

FERNANDO. Pero eso era poco. Mis conceptos publicitarios estaban muy por encima de los de mis superiores y los estudios de mercado demostraban que mis campañas vendían más... Muy pronto llegué a ser el director creativo ejecutivo de una gran multinacional. ¿Sabe lo que eso significa?

JULIO. No, no lo sé.

FERNANDO. Poder, mucho poder, aunque distinto del que usted presume. Mis ideas valían más que el oro, nada me podía molestar para no alterar mi genialidad. Las más importantes empresas querían que les creara campañas publicitarias para vender sus productos. Yo, Fernando García, el tímido chico del pueblo, era requerido por los presidentes de las compañías porque sabía crear la necesidad en los consumidores y aprovechar sus consecuencias. Yo tenía la capacidad de transformar lo innecesario en imprescindible.

JULIO. Ahora sí que no entiendo nada. ¿Estás diciendo que llegaste a tener un gran éxito en tu trabajo, que estabas en la cima de tu profesión y lo tiraste todo por la borda?

FERNANDO. Así es, pero no fue tan sencillo como parece.

JULIO. Explícate.

FERNANDO. Durante mucho tiempo me creí la trampa, era muy fácil caer en el engaño. A todos nos encanta que nos halaguen, que nos digan que somos importantes, y cuando a fin de mes cobras cantidades

de dinero inmorales, piensas que aún deberías ganar más porque tus ideas generan enormes beneficios. Cuando te sumerges en esa dinámica, puedes acceder a una casa lujosa, a los coches más caros, asistir a fiestas con la alta sociedad y eres valorado por unas mujeres que antes no se dignarían ni en mirarte. Todo estaba a mi alcance, ya era un triunfador.

JULIO. No veo que tiene de malo. Nada de eso es ilegal, y casi todas las personas desearían estar en tu lugar.

FERNANDO. Si uno quiere seguir siendo un objeto de lujo y no desea plantearse el sentido que tiene su vida, no tiene nada de malo... Pero una mañana te despiertas y te das cuenta de que no eres mejor que antes. Eres un hipócrita que se cree sus propias mentiras. Te das cuenta de que igual que te han encumbrado te hundirán. La caída será fulminante para que otro triunfador se alce sobre tu pedestal. En la publicidad no existe la fidelidad, ni las relaciones humanas, cuenta el mercado. Todo lo demás es falso.

La luz se enciende y aparece el señor Soler vestido de ejecutivo. Habla por teléfono.

SOLER. La reunión con los directivos de la petrolera se hará a las cuatro... Sí, espero llegar a tiempo, no creo que esto me ocupe mucho. Dígale a Martínez que se encargue de hacer la presentación de las muñecas y que por menos de seis millones de euros no movemos un dedo... En cuanto a la cena benéfica de esta noche, dígale a la señorita Gálvez que iré si estoy en la misma mesa que el presidente de la compañía automovilística... Espere mi llamada, hasta entonces no quiero que nadie me moleste. (Apaga el teléfono y mira a Julio y a Fernando.)

SOLER. ¿Qué ocurre? ¿Por qué estoy aquí? Yo tengo muchas obligaciones y no puedo perder el tiempo.

JULIO. ¿Usted es don Manuel Soler, el presidente de la más importante empresa publicitaria de este país?

SOLER. Y la segunda de Europa.

JULIO. ¿Conoce usted a este hombre?

SOLER. ¿No será peligroso?

JULIO. No se preocupe, no corre usted ningún peligro.

Soler se acerca a Fernando y le mira detenidamente.

SOLER. Reconozco que su cara me resulta familiar, ¿pero no irá usted a pensar que yo tengo relación con delincuentes? No sabe usted con quién está hablando.

FERNANDO. No ve, señor comisario, en esta profesión se olvida muy rápido. Mientras eres útil, todo son alabanzas, pero en el momento en el que provocas la pérdida de una cuenta...

SOLER. (Cortándole.) Así que es usted. Maldito hijo de puta, con ese aspecto no le había reconocido. Veo que ya está donde se merece. Hace tiempo que debían haberlo encerrado.

FERNANDO. Tranquilícese, señor Soler, recuerde que ya le han dado dos infartos. ¿Qué pensarían sus honorables clientes si se enteraran de que le da un tercero en la cárcel?

SOLER. No se preocupe por eso. Verlo aquí me produce un inmenso placer. Por fin nos libraremos para siempre de sus sandeces.



JULIO. ¿Qué ocurrió entre ustedes para que su relación sea tan amistosa?

SOLER. Diez mil millones, una cuenta de diez mil millones de pesetas que este hijo de puta nos hizo perder en cinco minutos... Más de un año peleando por esa cuenta y cuando la conseguimos, este desgraciado provocó el derrumbe de toda la estrategia que habíamos preparado.

FERNANDO. No olvide que esa cuenta la conseguí gracias a mí. En aquella reunión me limité a decir lo que sentía.

SOLER. ¿Por usted? ¿Acaso se cree importante? Usted no hubiera sido nadie sin la empresa. Se le trató como al hijo predilecto, le dimos todo y nos lo pagó así, dándonos una puñalada en la espalda.

FERNANDO. Cuando yo entré, si mal no recuerdo, el valor de las cuentas que tenía la agencia era de tres mil millones. Cuando me fui, se había ascendido a los cuarenta mil. Bueno, treinta mil tras la pérdida de la cuenta de la compañía de tabaco. Supongo que le entregué a la agencia mucho más de lo que le quité, y no siento ningún remordimiento.

JULIO. Un momento, que me estoy perdiendo. ¿Alguien quiere explicarle a un profano de la publicidad lo que sucedió?

SOLER. Habíamos ganado la cuenta de una de las más importantes compañías de tabaco con la presentación de una campaña espectacular dirigida a los jóvenes. Fuimos elegidos entre más de diez agencias porque nuestra idea les encantaba, mostraba un espíritu nuevo y vital, el tabaco y la vida marchaban juntos de la mano. Estábamos en la reunión decisiva para planificar la campaña...

FERNANDO. Todo era idílico en aquella sala. Por un lado, los más altos directivos de la multinacional, hombres muy poderosos y caprichosos a los que siempre había que complacer. Por otro lado, estábamos los encargados de que ellos pudieran obtener unos beneficios multimillonarios consiguiendo que la gente fumara más. El objetivo de la reunión consistía en elaborar juntos una estrategia que pudiera engañar a millones de personas haciéndoles creer que el camino hacia la felicidad pasaba por fumar sus cigarrillos.

SOLER. No se trataba de ningún engaño, la publi-

idad muestra las cualidades del producto, pero no miente.

FERNANDO. Me sorprende mucho, señor Soler. A veces pienso que se cree lo que dice.

SOLER. No es que yo lo crea. El mercado confía en lo que nosotros mostramos. La gente no es tonta, luego nosotros no mentimos.

FERNANDO. Y gracias a la publicidad el mundo es feliz. Aún recuerdo su lema favorito. Lo repetía en todas las reuniones: Si se puede anunciar, se puede vender. Si se puede vender, se debe fabricar. Si se fabrica, hay que lograr que la gente lo considere imprescindible.

JULIO. Por favor, les agradecería que concretaran más. No quiero que me den un curso de marketing publicitario. Quiero saber que pasó en esa maldita reunión.

FERNANDO. (Se levanta y camina despacio.) Cuando me correspondió mi turno de palabra, tenía que exponer en que se basaba la creatividad. Recuerdo que me levanté, me acerqué a una pantalla, en la

que había proyectados unos gráficos de ventas por edades, y les dije que el objetivo primordial era restarle importancia a la muerte. Si decíamos que la vida era efímera, terrible y llena de sufrimiento, conseguiríamos que el concepto de muerte fuera mucho más atractivo. Por lo tanto el tabaco no solo dejaría de ser peligroso, sino que sería un incentivo para llegar antes a la meta. Fumar produciría un gran placer y podríamos lanzar el mensaje: Fuma Smokes y viva la muerte... En ese momento los clientes se levantaron indignados, se terminó la reunión y mis siete años de trabajo en el mundo de la publicidad.

JULIO. Ya veo que no fuiste muy diplomático con tus clientes.

SOLER. Un auténtico hijo de puta. En aquellos momentos quise matarle con mis propias manos, juro que le habría estrangulado... Ahora me alegro de no haberme manchado las manos y de que le puedan dar su merecido.

FERNANDO. Usted tenía diez mil millones de razones para matarme mientras yo sólo tenía una para sentirme orgulloso. Creo que fue la primera vez en mi

vida que hice algo por decisión propia.

SOLER. (Mirando a Julio.) Espero que no le dejen salir con la facilidad que acostumbran ustedes.

JULIO. No se preocupe por eso, le daremos toda la justicia que merecen sus actos.

El teléfono del señor Soler comienza a sonar.

SOLER. ¿Diga?... No mama, no podré ir a comer, tengo una reunión muy importante... No, esas son mis pastillas para el estrés, las tuyas para la depresión son las rojas, pero no te tomes más de una que luego te pones muy mala... Claro que te hago caso, sabes que no hay nadie más importante para mí.

Mientras Soler habla, se va alejando y la luz se apaga lentamente.

JULIO. Vaya con Fernandito, veo que no habías mentido cuando me dijiste que eras un tipo importante.

FERNANDO. Depende de lo que se entienda por importante. Yo creo que era un mediocre con suerte.

JULIO. Se llame como se llame, lo único cierto es

que tuviste éxito en la vida, y de repente, sin ningún motivo, decidiste poner punto final a tu buena fortuna.

FERNANDO. Yo no lo veo así, señor comisario. Digamos que llegué a ganar mucho dinero, mis vecinos me saludaban con envidia, mis padres presumían de la posición social de su hijo, hasta podía permitirme el lujo de tener dos bellísimas amantes... Tenía todo lo que un hombre bien nacido desea, pero no me sentía un hombre. Era más cobarde que nunca.

JULIO. No te entiendo, Aunque me esfuerce no lo comprendo.

FERNANDO. No lo hice para que usted lo comprendiera. Estaba asustado. Cuando salía a la calle, temía que cualquier pobre desgraciado me pudiera atracar. Llené mi casa de cerrojos e instalé sofisticadas medidas de seguridad para que nadie pudiera robar mis posesiones, incluso deseé que hubiera un mayor despliegue policial que protegiera a todos aquellos que pagábamos más impuestos y éramos importantes para la sociedad... Yo quería formar parte de una isla a la que los indeseables no tuvieran acceso. Entonces no me daba cuenta de que yo era uno de los peores inde-

seables.

JULIO. Y pensaste que convirtiéndote en un rebelde te ganarías la redención...

FERNANDO. No se trataba de rebeldía ni de redención. Se trataba de encontrarle un sentido a mi vida.

JULIO. Qué equivocado estás, Fernando. Los idealistas siempre queréis mirar demasiado lejos, huís de la realidad. No os dais cuenta de que vivís en el mejor y el único mundo posible. La rebeldía conduce a la cárcel o a la muerte. Las protestas contra el sistema no aportan nada, solo sirven para alterar el orden público y crear una confusión tan inútil como innecesaria.

Julio hace una pausa. Se acerca a Fernando en una actitud amenazadora.

JULIO. Y ya sabes lo que les ocurre a esos aprendices de revolucionarios, a aquellos que dicen ver en sus sueños un mundo luminoso y muy amplio... De repente, todo se estrecha y se hace muy oscuro. Muchos terminan bajo tierra; otros, en una celda; y los

menos afortunados, en un sitio mucho más sórdido.

FERNANDO. ¡Basta ya! Usted no puede juzgarme porque no me conoce. Quería que le contara mi vida y ya se lo he hecho. Es el momento de acabar con toda esta pantomima.

JULIO. ¿Tú crees? ¿Estás seguro de que ya me lo has contado todo? O tal vez puede que falte lo más interesante.

Fernando permanece en silencio. Julio se acerca a la mesa con parsimonia. Abre un cajón y saca una carpeta de la que extrae unos papeles que muestra a Fernando.

JULIO. ¿Reconoces estos papeles?

FERNANDO. Desde esta distancia no los veo bien.

JULIO. Te creía mucho más inteligente y pensaba que te darías cuenta mucho antes. Lo sé todo sobre ti. Estoy siguiendo tus movimientos desde hace dos años. ¿Acaso te crees que ha sido casual nuestro encuentro y que te he concedido esta oportunidad por nuestra vieja amistad?... No, Fernando, yo no dejo nada a la casualidad, llevaba mucho tiempo esperando el mo-



mento de vérmelas a solas contigo. Quería ver al tipo que fue mi compañero de infancia, estudiante brillante, publicitario de élite y que no se resignó a su inmensa fortuna. No conforme con todo eso, quiso ser un hombre independiente, sin disciplina y sin moral. Alguien que se permitió el lujo de gastarse el dinero en ayudar a desgraciados que no tenían autorización para permanecer en el país. (Se acerca a él y le muestra las hojas.) Y además, te dedicabas a escribir toda esta basura en los periódicos, haciendo gala de una inmunidad que para si quisieran muchos políticos... Pero al fin te tengo en mis manos, tú y yo frente a frente. Y sé que aún no me has contado toda la verdad, falta lo más importante.

FERNANDO. Tiene usted razón. Se nota que ha aprendido la lección. Todavía no hemos hablado de la única persona importante que he conocido en mi vida, pero la policía, (levanta las manos esposadas y le señala,) usted y sus compañeros, señor comisario, cumpliendo con su ley, la secuestraron y la mandaron ejecutar.

JULIO. Sabes que eso no es cierto. Ella era una inmigrante ilegal y nosotros nos limitamos a devolver-

la a su país porque no había cumplido con los trámites necesarios para obtener la residencia.

FERNANDO. No, ella no era una inmigrante ilegal, no existen los inmigrantes ilegales. Lo ilegal es el hambre, la guerra, la miseria y la represión policial contra los inocentes que buscan su destino. El hombre nace nómada, pero nada más nacer ya lo estamos condenando a pertenecer a un sitio que él no ha elegido. Supongo que eso debe ser el pecado original, aunque para algunos es mucho más grave que para otros.

JULIO. Palabras, palabras de un charlatán. Las leyes están por encima de las palabras y no podemos permitir que miles de inmigrantes asalten nuestro país sin tener papeles en regla.

FERNANDO. La vida está por encima de las leyes. Si las personas se ven obligadas a buscar un lugar donde vivir, no están violando ninguna ley. Todo lo contrario, demuestran ser mucho más valientes que nosotros, pero en lugar de reconocerles ese valor, se les castiga como a criminales... El derecho a una vida digna no es ilegal, señor comisario.

JULIO. Nuestro país no tiene por qué asumir los

errores de otras naciones. Además, cuando repatriamos a los inmigrantes, exigimos garantías de su gobierno para que no tomen represalias contra ellos.

FERNANDO. No sea ingenuo, a nadie le preocupa lo que ocurra con ellos. Nos convertimos en cómplices de los tiranos de todo el mundo. Las personas que ellos no han podido exterminar se las devolvemos para que tengan una nueva oportunidad de matarlos. ¿Por qué no se reconoce de una vez que la única inmigración ilegal es la de los pobres? Para los ricos nunca han existido las fronteras, sean del país que sean.

JULIO. Lo que dices no se corresponde a la realidad. Nuestra justicia no hace distinciones. Todos los ciudadanos son iguales ante la ley y respetamos los derechos humanos.

FERNANDO. ¿Quién le ha programado el cerebro señor comisario? ¿Quién se lo ha llenado de justificaciones legales para represiones inmorales? ¿Quién le ha dicho que los derechos humanos consisten en mantener derechos a los humanos a fuerza de golpes?

JULIO. ¡Basta ya! No te servirá de nada la táctica

de desviar la atención y volverte en acusador. No pretendas convertirte en representante de las causas perdidas.

FERNANDO. Yo no represento a nadie. Mi dolor no es extensible a la sociedad, ni esta me puede consolar. Cuesta mucho aprender a ser un hombre, tan sólo un hombre. Hay que borrar demasiadas verdades falsas que nos grabaron nada más nacer. Hay que pasar muchos días de soledad y angustia en los que no existe la posibilidad de consuelo porque nadie te lo puede dar. Es un proceso muy largo y lleno de oscuridad, en demasiadas ocasiones parece que no existe salida, pero un día amanece y ves la luz. Es una luz muy hermosa, en apariencia es la misma de siempre, pero te das cuenta de que es tu mirada la que ha cambiado... No se ha producido el milagro que uno esperaba porque no se trata de algo que viene del exterior. Soy yo el que mira, el que ve, el que comprende. (La luz del fondo se enciende y aparece Teresa.) De repente, después de más de treinta años de parálisis, aparece el movimiento y uno se da cuenta de que el amor no está en los demás, no viene de fuera. Es algo que yo tengo y soy capaz de dar.

TERESA. Así es Fernando, tú completaste el camino, descubriste que el amor es patrimonio de cada persona, que es un sentimiento individual y apátrida.

FERNANDO. Sin ti no lo hubiera conseguido.

TERESA. No es cierto, tú ya eras un hombre cuando te conocí.

FERNANDO. Si lo hubiera sido, no habría permitido que te hicieran eso. Nunca te hubieran separado de mi lado.

TERESA. No te culpes, tú no tienes ninguna culpa, no lo podías evitar... Sin embargo, me diste algo muy hermoso, algo que siempre existirá y que ellos con sus armas nunca podrán borrar.

FERNANDO. A veces tengo momentos de debilidad y me pregunto si todo lo que estoy haciendo sirve para algo.

TERESA. Por supuesto que sirve, no tienes más que mirarlos a la cara. Fíjate en ellos, están asustados, tienen pánico, las armas ya no les sirven para ocultar su miedo, y continuamente refuerzan sus fronteras con medidas tan extraordinarias como inútiles... Aquellos

que se consideran más poderosos se están encerrando en sus débiles fortalezas. Los dirigentes pretenden mostrar un mundo ideal lleno de seguridad que esconde una impotencia absoluta a la hora de enfrentarse a un solo hombre. Están obligados a presumir de los pocos que atrapan, pero su caza está fracasando porque menosprecian al hombre. No han podido idiotizarlos a todos y cada vez aparecen más disidentes.

JULIO. (Muy inquieto.) Tonterías, no hay miedo, no hay persecuciones, no existen las fortalezas, cada vez existe más apertura al exterior y vivimos en un mundo mucho más justo... Para los únicos que no hay sitio ni perdón son para los conspiradores, para los disidentes, para los violentos que no respetan a la sociedad.

TERESA. (Mirando a Fernando.) Te das cuenta, sus argumentos son los mismos, se repiten durante cientos de años. Los gobiernos cambian aunque sus discursos permanecen inalterables. Pero no he venido para hablarte de ellos, sería una triste pérdida de tiempo... Te quiero Fernando, siempre te quise. Amé al hombre que no se conformaba con las verdades oficiales; al hombre que deseaba descubrir; al hombre

que sonreía cuando le gritaban; al hombre que ante lo urgente se tomaba tiempo para pensar; al hombre que se emocionaba cuando otros se aburrían; al hombre que reía y que lloraba sin necesitar motivos; y, sobre todo, al hombre que amaba sin medida.

JULIO. Parecen demasiados hombres para tan pobre cuerpo.

TERESA. No se esfuerce, señor comisario. Se trata de algo que sus músculos nunca comprenderán.

FERNANDO. Yo también te sigo amando, nunca he dejado de hacerlo y eso me hace más fuerte.

TERESA. Sigue así, cada vez somos más y no nos podrán detener. Aunque te mantengan entre rejas, siempre serás más libre que ellos. Los que tienen el poder necesitan la protección de la multitud porque les aterra la soledad. No saben que es nuestra mejor aliada.

La luz del fondo se apaga lentamente y desaparece Teresa.

JULIO. Vaya, vaya, no podía ser de otra manera. Tenía que ser una mujer la culpable de tu degradación

y caída.

FERNANDO. Está usted obsesionado por encontrar culpables, su trabajo no tendría sentido sin alguien a quien condenar. Para justificar su inocencia cada vez necesita más culpables, más gente a las que detener, más personas a las que torturar... No señor comisario, está equivocado, la conciencia no se lava con golpes ni explotando el dolor ajeno.

JULIO. Mi conciencia está muy tranquila. Mi trabajo me gusta y quiero que mis hijos tengan un mundo feliz y seguro. Me produce un inmenso placer contribuir a limpiarlo de basura.

FERNANDO. Al menos reconoce que usted señor comisario es un basurero. El policía científico, estudioso y comprensivo es una máscara que esconde el deseo de destruir y enterrar todo lo que esté vivo.

JULIO. Vamos Fernando, no te obceques con temas absurdos. Sé que tú no eres un mal tipo. Te aseguro que todo podría ir mejor para ti si reconocieras que fue ella la que te manipuló. Teresa está muerta mientras tú sigues vivo. Bastaría con escribir una carta en la que reconocieras tus errores y pidieras per-



dón para que esto se acabe muy pronto.

FERNANDO. No, no reconoceré nada ni escribiré ninguna carta que usted pueda exhibir como trofeo. Ella no fue culpable de nada. Yo había hecho todo el proceso solo. Teresa apareció en el momento adecuado, cuando yo había recuperado la mirada y estaba preparado para verla. Pero me temo que eso es algo que usted, sin ojos que le permitan ver la luz, nunca entenderá.

JULIO. No olvides que yo lo entiendo todo, pero hay cosas que no justifico ni permito.

FERNANDO. Y la falta más grave, según su estrecha ética, es el inconformismo y decir lo que uno piensa.

JULIO. Lo más grave es insultar a tu familia, a tu religión y a tu patria como lo has venido haciendo en los últimos años. Te has dedicado a hacer apología de unas ideas extremistas que hay que erradicar de cualquier país civilizado. Estos artículos han ido sembrando todo tipo de calumnias injustificadas contra instituciones intachables.

FERNANDO. No olvide que todos esos artículos de los que usted habla han sido publicados en periódicos legales, autorizados por sus superiores y nunca se ha encontrado nada delictivo en ellos.

JULIO. Porque no se han leído con detenimiento.

FERNANDO. Ya le he contado toda mi vida, señor comisario. Ha escuchado mis palabras y tiene todo lo que he escrito. Parece que usted me conoce mucho mejor que yo. ¿No cree que es absurdo continuar con este interrogatorio?

JULIO. Es cierto, ya estamos llegando al final. Todo está mucho más claro que cuando empezamos.

FERNANDO. Y me parece que no tiene nada que alegar para que yo continúe detenido.

JULIO. Tienes mala memoria. ¿Acaso no recuerdas cómo se inició esta amena charla?

FERNANDO. Usted me acusó de quemar una bandera, pero sabe que eso no es cierto.

JULIO. Puede que tú no la incendiaras, pero has prendido la mecha... En un registro rutinario de tu casa

ha aparecido una carta que estaba destinada a ser publicada. En esa carta se hace apología de uno de los mayores crímenes que un hombre puede cometer contra la humanidad. (Saca la carta y se la muestra) ¿Has escrito esta carta titulada: «Quemando banderas»?

FERNANDO. Así es y no me avergüenzo de hacerlo.

JULIO. (Comienza a leer la carta). Las banderas no son un invento de la paz, surgieron cuando unos hombres quisieron imponer su dominio a otros. Las banderas nacieron de una forma violenta y siempre han ido unidas a las guerras. ¿Por qué unos trapos de colores llegaron a la categoría de símbolos por los que los hombres tengan que dar la vida? No es fácil de explicar, pero esos trapos se rebelaron contra el hombre y le hicieron su esclavo. Exigían todo tipo de rituales, ofrendas y guerras para demostrar cual de esos trapos era el dominante. Lejos de perder su importancia con el final de los conflictos, se han visto elevadas al lugar dominante de la sociedad y se han extendido como una plaga. Cada vez hay más, cientos, miles de banderas tiranizan al hombre. (Julio levanta la cabeza

y le mira. Pausa.) Si hablamos de igualdad y respeto hacia todos aquellos que son diferentes de nosotros, ¿para qué queremos banderas? Sólo tenemos un planeta, todos sabemos de dónde somos y no necesitamos reivindicarlo. Estoy convencido de que ha llegado el momento de quemar todas las banderas para poder salvar al hombre.

Julio deja el papel sobre la mesa. Fernando le mira en silencio.

JULIO. Creo que no es necesario continuar leyendo, todo está muy claro.

FERNANDO. ¿Qué está claro?

JULIO. Que eres un terrorista y no podemos permitir que salgas en libertad.

FERNANDO. Ya lo sabía, pero hasta usted sabe que tengo razón. Sus jefes quieren un mundo ordenado y rígido, donde no existan hombres que piensen. Quieren seres conformistas que sean obedientes, trabajen, vean la televisión y compren lo que se anuncia. Que se crean la realidad virtual que han inventado para ellos, pero que no pregunten... No nos aniquila-

rán, saben que nosotros tenemos la fuerza de la razón.

JULIO. (Saca una pistola de un cajón y se acerca a Fernando.) Y nosotros la razón que nos otorga la fuerza, y esta es la única que vale. La única que siempre ha valido.

FERNANDO. Aún son más estúpidos de lo que creía.

JULIO. Vamos levántate. Esto se ha terminado, ya no tenemos nada de qué hablar.

FERNANDO. (Poniéndose de pie y acercándose a Julio.) Usted tiene un hijo señor comisario. Algún día no muy lejano se acercará a usted y le dirá: ¿Papa, cómo puedo ser un hombre?... Usted, señor comisario, dudará, pero después sacará su pistola, la pondrá junto a la sien de su hijo y le dirá: Obedeciendo, hijo mío, obedeciendo.

Los dos salen del escenario y las luces se apagan.